

## ¿Salvos por gracia soberana, o por determinismo divino?

### Introducción

Tenemos delante un tema sobre el cual el debate lleva siglos sin que haya sido resuelto de forma definitiva; no pensemos que llegaremos a una resolución inapelable hoy.

Es además un tema en el que hay grandes hombres de Dios a un lado y a otro del debate, como es el caso de John Wesley y George Whitfield.

Quiero dejar constancia de la experiencia personal de ser muy enriquecido por medio de los libros de muchas teólogos y escritores cuyas opiniones no comparto sobre el tema que estamos tratando: J.I. Packer, Wayne Grudem, John Piper, Donald Carson, Martyn Lloyd-Jones...

Por lo tanto, estamos tratando un tema sobre el cual debemos ser capaces de hablar y discutir con mucho respeto mutuo y sin descalificaciones, aun cuando haya discrepancias. Estamos llamados a esforzarnos por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, y esto sólo se puede hacer soportándonos los unos a los otros en un espíritu de humildad, mansedumbre, paciencia y amor; así es la conducta digna de la vocación con la que hemos sido llamados (Efesios 4:1-3).

En este tema debemos tener mucha cautela a la hora de aplicar etiquetas. En una ocasión se me preguntó, “¿Eres arminiano o calvinista?” Personalmente me describiría como un creyente con un gran nivel de ignorancia en cuanto al conocimiento de Dios, con la necesidad de recibir de manera continua más luz del Señor, y sin derecho a sentar cátedra en estos temas. En esta mañana, sólo deseo compartir las conclusiones a las que he llegado en mi deseo de comprender mejor la Palabra de Dios.

**1. Un resumen del campo del desacuerdo.** Intentaremos evaluar los cinco puntos básicos de la doctrina reformada según el Sínodo de Dort (1618-1619), que corresponden al anagrama TULIP en inglés:

- 1) La depravación total
- 2) La elección incondicional
- 3) La expiación limitada
- 4) La gracia irresistible
- 5) La perseverancia de los santos.

Es importante insistir que no todos los que se considerarían calvinistas necesariamente aceptan los cinco puntos, ni todos los que niegan ser calvinistas desechan la totalidad de estos cinco puntos. Es cierto también que hay matices en la comprensión del significado de ellos. Es por ello que debemos proceder con cautela en los diálogos que el tema puede fomentar, reconociendo que no todo lo que se puede decir sobre la cuestión es tan definitivamente blanco o negro.

**2. La condición humana** (Efesios 2:1-3).

**La depravación total.** Desde la caída del ser humano en el pecado narrado en Génesis cap. 3, éste se encuentra en una situación de muerte espiritual, muerto en delitos y pecados (Efesios 2:1). Ésta es la realidad de todo ser humano (Romanos 3:9-12, 22). Este estado espiritual se define como “la depravación total”, que significa que la totalidad de la personalidad del hombre ha sido afectado y

corrompido radicalmente por el pecado, que ha contaminado todas las facetas y áreas de su vida. Ésta es una verdad rechazada categóricamente por la sociedad secular, la cual por ello mismo es incapaz de encontrar una solución para sus problemas recurrentes de violencia, corrupción, egoísmo y maldad.

***La anulación del libre albedrío.*** Se argumenta, sin embargo, que este hecho significa que somos cadáveres en sentido espiritual, y por lo tanto incapaces de creer y responder a las invitaciones de Dios para que nos reconciliemos con Él. Nuestra capacidad de tomar una decisión personal ante la oferta de la salvación ha sido anulada. Por ello, antes de poder ejercer fe en Cristo para la salvación, hemos de experimentar la regeneración: “la regeneración viene antes de la fe salvadora. Es en realidad esta obra de Dios la que nos capacita para responder a Dios en fe” (Grudem, p. 736). El argumento es que, para creer, primero tenemos que recibir nueva vida, es decir nacer de nuevo por el poder del Espíritu Santo. La implicación es que no somos nosotros que elegimos creer para ser salvos, sino que es Dios quien elige a algunos para recibir salvación según su voluntad soberana e inapelable.

***La fe y la regeneración.*** Sin embargo, este orden de experimentar la regeneración por medio de un acto soberano de Dios antes de poder ejercer una fe salvadora en Cristo es lo opuesto a lo que enseña la Palabra de Dios. Cuando Nicodemo formula una pregunta sobre cómo puede tener lugar este nuevo nacimiento (Juan 3:8), Jesús dirige su mirada hacia la cruz y la fe en el Crucificado como el camino por medio del cual se puede llegar a recibir la vida eterna (Juan 3:10-16). El hecho es que todo el que cree en el Hijo no se pierde, sino que tiene vida eterna. El orden es primero creer, y como consecuencia recibir la vida por medio del nuevo nacimiento. La ilustración del Antiguo Testamento utilizado por Cristo indica precisamente esto: cuando Israel pecó y Dios les castigó con serpientes cuya mordedura fue mortífera, el israelita que fijaba su mirada en la serpiente de bronce levantada por Moisés fue liberado de la muerte: “sucedió que cuando una serpiente mordía a alguno, y éste miraba a la serpiente de bronce, vivía” (Números 21:9). De igual manera, dice Jesús, “así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre para que todo aquel que cree, tenga en Él vida eterna” (Juan 3:14-15). Este orden de fe primero, y regeneración después, se repite constantemente en este evangelio (Juan 1:12-13; 3:36; 5:24; 20:31). Primero es la mirada con fe, y luego, como consecuencia, la recepción de la vida eterna.

***Atracción y regeneración.*** Creemos firmemente que sólo Dios provee la salvación por su gracia; la iniciativa en la salvación parte de Él. Es su Espíritu quien convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). Dios nos atrae hacia sí por medio de su gracia, sin la cual jamás nos acercáramos a Él (Juan 6:44); pero esta atracción no es la regeneración, la recepción de nueva vida en Cristo como consecuencia de creer en Él. El orden que establece la Palabra de Dios es la atracción hacia Cristo como Aquel que es la resurrección y la vida, que hace posible el paso de la fe en Cristo, que abre la puerta a la nueva vida en Cristo (Juan 11:25-26).

***La naturaleza de la fe.*** Pero ¿no dice la Biblia que la fe es un regalo de Dios? “Porque por gracia sois salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios” (Efesios 2:8). Gramaticalmente, tanto en griego como en castellano, la palabra “fe” es femenino mientras el pronombre “esto” es neutro; es decir, el “don de Dios” se refiere a todo el plan divino de salvación, preparado por el Padre y ejecutado por el Hijo, y no específicamente a la fe.

***La fe y las obras.*** Pero, si decimos que la fe es la respuesta positiva a la oferta de salvación hecha por Dios en Cristo, ¿no estamos afirmando que contribuimos a nuestra propia salvación por una “buena obra”, nuestra fe personal, y, por lo tanto, defendiendo una salvación no sólo por la gracia de Dios sino también por el mérito humano? “La elección basada en algo bueno en nosotros (nuestra fe) sería el comienzo de la salvación por méritos” (Grudem, p. 711). No, porque merecer algo, y tener que hacer algo para obtener aquello, son conceptos distintos. Pablo no dice al carcelero

de Filipos que tiene que hacer algo meritorio para ser salvo, sino que debe creer en Cristo para recibir por Él la salvación (Hechos 16:31). La fe no es algo *bueno* o *meritorio* en sí, sino un acto de obediencia requerida por Dios que no tiene ningún mérito, como una persona empobrecida que extiende su mano para recibir algo que no ha ganado ni merecido, sino que se la ofrece por amor y misericordia. Creer en Cristo es una forma de expresar nuestra convicción de que no podemos hacer nada para ganar la salvación basándonos en ningún mérito personal, sólo en lo que Él realizó a nuestro favor en la cruz. En Romanos 4:4-5, el Apóstol Pablo subraya que “al que trabaja, el salario no se le cuenta como favor, sino como deuda”. Su trabajo merece una recompensa, ha ganado el derecho de recibir una compensación. Pero “al que no trabaja, pero cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia”. La fe, contrastado con el esfuerzo humano, no es una obra que genera ciertos derechos, sino la confesión de una dependencia absoluta de la gracia y la misericordia de Dios para la salvación y la vida eterna.

***El asombro de Jesús.*** Cuando Jesús visitó Nazaret, el pueblo donde se había criado, se encontró con la incredulidad empedernida de sus conciudadanos, fruto de su insistencia en no aceptar las pruebas de su identidad ofrecida por el Salvador, tanto a través de sus milagros como mediante su enseñanza (Marcos 6:1-5). La reacción del Señor fue el asombro ante semejante empeño en rechazar las evidencias claras de su identidad como Mesías (v. 6). Pero si era imposible que los habitantes de Nazaret creyeran por su cuenta sin antes experimentar la regeneración, ¿qué había de asombrosa en su actitud? La reacción de Jesús sugiere que podían y debían haber aceptado las pruebas que ofrecía y reconocerlo como el Cristo, pero en la dureza de su corazón tomaron la decisión personal de no hacerlo. Encontramos la otra cara de la moneda en Lucas 7:9, donde el Señor se asombra de la fe del centurión romano. Pero si es Dios quien otorga la fe a quien le plazca, ¿qué hay de asombroso en su decisión soberana de dar aquella fe al gentil? Jesús no habla de una fe *dada* por Dios, sino *hallada* en aquel hombre.

### **3. La elección incondicional.**

***La elección definida:*** “La elección es un acto de Dios antes de la creación mediante el cual Él elige a algunas personas para ser salvas, no en base a méritos previsibles en ellos, sino porque es su soberano deseo” (Grudem, p. 702). La elección incondicional, por lo tanto, es la frase que describe el regalo de la fe que, según este autor, Dios distribuye a algunas personas según su voluntad soberana, eligiéndolos para la salvación de forma completamente independiente de cualquier actitud, deseo o conducta de parte de ellas.

***La predestinación definida:*** “Por predestinación queremos decir el decreto eterno de Dios por el cual determinó consigo mismo lo que Él quiso que ocurriera respecto a todo hombre. No todos son creados en igualdad de condiciones, sino que algunos son preordinados a la vida eterna, otros a la condenación eterna; y de esta manera, según cada uno ha sido creado para uno u otro de estos fines, decimos que ha sido predestinado a la vida o a la muerte” (J. Calvino, “Institutos de la Religión Cristiana”, III, xxi, 5).

***Un argumento defectuoso.*** Las afirmaciones citadas están estrechamente relacionadas con la convicción de que, al estar muertos en delitos y pecados, los seres humanos somos incapaces de responder en fe a la oferta de la salvación en Cristo. Por lo tanto, es Dios que toma la iniciativa en todos los aspectos, hasta el punto de decidir de manera soberana (¿y arbitraria?) quién ha de ser salvo y quién no. El defecto en este argumento es que utiliza incorrectamente la analogía de un cuerpo humano físicamente muerto. “Este es un caso clásico de malinterpretación teológica que surge del uso de una analogía que no es bíblica y de hecho es irrelevante” (Lennox, p. 162). Al utilizar la expresión “muertos” (Efesios 2:1), el apóstol está afirmando que carecíamos de vida espiritual, pero no de la capacidad de responder al evangelio mediante una decisión personal.

**Las exhortaciones al arrepentimiento.** Si el ser humano es incapaz de responder a las invitaciones de Dios para reconciliarnos con Él, por ser muerto en delitos y pecados, ¿qué sentido tiene las llamadas repetidas a abandonar los caminos del pecado y buscar a Dios? (2 Crónicas 7:14; Amós 5:4, 6; Hechos 3:19). Cuando Jonás predicó un mensaje de juicio sobre la ciudad Asiria de Nínive, la población reaccionó creyendo en Dios y mostrando señales genuinas de arrepentimiento. “Y vio Dios sus acciones, que se habían apartado de su mal camino; entonces se arrepintió Dios del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo” (Jonás 3:10). Parece muy claro que fue la respuesta de los ninivitas ante las palabras de Jonás lo que llevó al Señor a liberar a la ciudad de la destrucción que la amenazaba. Fueron capaces de arrepentirse, tomaron la decisión de hacerlo, y como resultado experimentaron la salvación de la ira de Dios.

**Enemigos de Dios y esbirros de Satanás.** Según la Biblia, estar muertos en delitos y pecados no supone que los seres humanos no regenerados son totalmente inertes y sin capacidad para responder moralmente ante la oferta de salvación. Toda persona no-regenerada es un enemigo de Dios, con una actitud de hostilidad deliberada hacia Él (Romanos 5:10); por eso el evangelio dirige una llamada a los inconversos a aprovechar la amnistía que Dios ofrece en Cristo y reconciliarse con Dios (2 Corintios 5:18-20). El hecho de que Dios ha encomendado a su iglesia el ministerio y la palabra de la reconciliación, para que rogamus en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!, presupone que las personas que escuchan esta llamada tienen la capacidad y la responsabilidad de responder según su propia decisión, sea de manera positiva o negativa. De la misma manera, Jesús acusó a los judíos incrédulos de ser muy activos en hacer las obras de su padre el maligno de forma deliberada, queriendo realizar las obras homicidas del diablo, en lugar de dar cabida en sus vidas a las palabras del Enviado del Padre (Juan 8:37-47). En otra ocasión les dijo: “No queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40). Las palabras del Señor señalan que el ser humano no está programado para hacer el mal sin que pueda hacer nada para remediarlo, sino que tiene la capacidad moral de decidir acudir a Cristo o no para experimentar la regeneración.

**Una decisión individual y personal.** Al final de su discurso al pueblo de Israel en los campos de Moab, Moisés les desafió en los siguientes términos: “Al cielo y a la tierra pongo hoy como testigos contra vosotros de que he puesto ante ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición. *Escoge, pues, la vida*, para que vivas, tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz y allegándote a Él” (Deuteronomio 30:19-20). Los seres humanos de hoy nos enfrentamos al mismo reto. Las Escrituras enfatizan la responsabilidad de cada individuo de tomar su propia decisión ante Cristo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él” (Juan 3:36). John Lennox comenta el pasaje de Juan 3:19-21 de la siguiente manera: “Aquí Juan describe el criterio que Dios utilizará en el juicio. Notad su racionalidad moral. Primero, la luz vino al mundo. De nuevo, vemos que Dios toma la iniciativa. Provee a los hombres y a las mujeres de evidencias. La cuestión es: ¿cómo reaccionan ante aquellas evidencias? Ellos *amaron más las tinieblas que la luz*. Es decir, vieron la luz, la rechazaron, y por lo tanto han merecido el juicio”. Añade Lennox que Dios no juzgará a las personas por no hacer lo que no podían hacer, o por no ver lo que no podían ver. Las juzgará por no hacer lo que podían haber hecho (Lennox, p. 146).

**Escogidos antes de la fundación del mundo.** Sin embargo, debemos examinar los textos bíblicos que parecen apoyar la afirmación que Dios elige a ciertas personas para ser salvas, sólo en base a su deseo soberano sin ningún otro factor que su decreto eterno. ¿No es cierto que Pablo expresa esta verdad al escribir las siguientes palabras a los creyentes en Éfeso: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:3-4a)? Si hacemos una exégesis correcta del texto, vemos que no dice nada referente a una elección para creer. La palabra repetida “nos” se refiere a personas que ya son creyentes en Cristo, y el apóstol

señala que es este colectivo de personas, las que ya están en Cristo por la fe, el que Dios ha elegido para recibir las bendiciones de la santificación, la adopción, la redención y el perdón (vv. 4-7), todo ello en base a “las riquezas de su gracia” y con el propósito de que sea “para alabanza de la gloria de su gracia”. Son los que están “en Cristo” por la fe que Dios ha decidido bendecir “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales”. Escribe Lennox, “¿Para qué nos escogió Dios? La respuesta no es para estar en Él, sino para ser santos y sin mancha delante de Él. El texto no trata aquí de cómo llegamos a estar en Cristo; trata de lo que Dios elige para los que están en Cristo [,,] Lo que este texto nos dice es que Dios ha escogido dignificarnos con el permiso de estar en su presencia” (Lennox, p. 118). Cuando, unos versículos más tarde, el apóstol habla de cómo llegamos a estar en Cristo, afirma que esto ocurre “después de escuchar el mensaje de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados en Él con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13). No se menciona aquí una elección de parte de Dios, sino una respuesta de fe al mensaje del evangelio de parte de los oyentes. En el mismo contexto, enseña que los creyentes en Cristo, “los primeros en esperar en Cristo”, fueron predestinados, no para creer, sino para que “seamos para alabanza de su gloria” (Efesios 1:11-12).

#### **4. La expiación limitada.**

*Una definición del concepto.* En este tercer punto aprobado en el Sínodo de Dort, la cuestión es: cuando Cristo murió en la cruz, ¿pagó Él por los pecados de toda la raza humana o solo por los pecados de los que Él sabía que al final serían salvos? (Grudem, p. 624). La posición reformada defiende la segunda alternativa, que se define como la expiación limitada o la redención particular. Evidentemente esta posición está ligada al concepto de la elección incondicional.

*Unos textos clave.* Ante esta posición, los que defienden que la muerte de Cristo fue por todos (2 Corintios 5:14) presentan los siguientes argumentos:

- 1) Dios desea que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). No quiere que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). “Pues yo no me complazco en la muerte de nadie, declara el Señor Dios. Arrepentíos y vivid” (Ezequiel 18:32).
- 2) Dios abre la puerta para que todos puedan ser salvos si responden a la invitación de gracia presentada en el evangelio. En su amor por el mundo, Él entregó a su Hijo por nosotros para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3:16). Todo aquel que oye la palabra de Cristo y cree en Él tiene vida eterna, y no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida (Juan 5:24). Esta posibilidad está abierta a todos, por cuanto Cristo, la luz del mundo, al venir al mundo, alumbró a todo hombre (Juan 1:9). Por medio de Cristo, la gracia de Dios se ha manifestado a todos los hombres, con el propósito de traer salvación (Tito 2:11). La voluntad del Padre es que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna (Juan 6:40).
- 3) Para que esta posibilidad sea real, Cristo ha hecho provisión en la cruz para que todos puedan ser salvos. Él se dio a sí mismo en rescate por todos (1 Timoteo 2:6). Es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29). “El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero” (1 Juan 2:2). Ahora le vemos sentado a la diestra del Padre, “coronado de gloria y honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios probara la muerte por todos” (Hebreos 2:9). En Cristo Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, y por ello, como embajadores de Cristo, debemos insistir a todos: ¡Reconciliaos con Dios! (2 Corintios 5:19-20).

**Un intento de conclusión.** El peso acumulativo de estos textos sugiere que el alcance del amor de Cristo y la suficiencia de su muerte expiatoria es universal, pero no en el sentido de que todo ser humano será salvo. Hay una abundancia de textos que indican que un enfoque universalista de la salvación no es correcto. “El que cree en el Hijo tiene vida eterna, pero el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él” (Juan 3:36). “El testimonio es éste: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12). Tanto los que aceptan el enfoque reformado en este tema como los que disienten deben estar de acuerdo en que no toda persona será salva, que la oferta de la salvación en Cristo por la gracia de Dios y sin ningún mérito humano debe extenderse a toda persona, y que la muerte de Cristo tiene valor infinito y es suficiente para pagar el castigo de los pecados. Pero ¿cómo hemos de entender las palabras del apóstol en 2 Corintios 5:14? Allí afirma que “uno murió por todos, por consiguiente, todos murieron.” Paul Barnett escribe: “La palabra ‘todos’ en ambas partes de la frase claramente enfatiza la naturaleza universal e inclusiva de la muerte de Cristo; nadie queda excluido de la esfera de los propósitos salvadores de Dios en Cristo [...] Podemos decir que, aunque la muerte de Cristo es suficiente para toda persona, es eficaz sólo para los que creen en Él” (Barnett, pp. 110-111).

## 5. La gracia irresistible.

**Una definición de este concepto:** la expresión gracia irresistible “se refiere al hecho de que Dios llama eficazmente a las personas y les da también la regeneración, y ambas acciones garantizan que nosotros responderemos en fe salvadora” (Grudem, p. 734). Este autor añade que “esa expresión nos preserva, sin embargo, algo valioso, porque indica que la obra de Dios penetra en nuestros corazones para producir una respuesta que es absolutamente cierta... aunque respondemos voluntariamente” (ibid., pp. 734-735). Es decir, si Dios en su soberanía decide extender su gracia a algunas personas (pero a otras no), esta gracia no se puede resistir, de manera que estas personas experimentan necesariamente el nuevo nacimiento y la salvación. Aquellos que no se salvan, no han tenido la posibilidad de experimentar la gracia divina, al no estar entre los escogidos.

**Una paradoja ineludible.** Queda claro que la formulación de este concepto arranca de dos afirmaciones consideradas antes, la elección incondicional y la regeneración previa al acto de creer en Cristo. Latente en las palabras citadas está la paradoja que la acción soberana de Dios en elección y regeneración, que precede a la fe salvadora y garantiza la salvación de la persona elegida, sin embargo, incluye una respuesta voluntaria. Si la gracia es irresistible, ¿dónde queda el elemento voluntario? Si Dios escoge a ciertas personas para salvación, las predestina para salvación, las llama para salvación y las regenera para salvación, ¿en que sentido se puede decir que “respondemos voluntariamente”?

**Unos textos clave.** ¿Puede una persona resistir la gracia de Dios? Varios casos mencionados en las Escrituras nos dan una respuesta afirmativa:

“¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Mateo 23:37).

“Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron los propósitos de Dios para con ellos, al no ser bautizados por Juan” (Lucas 7:30).

“Examináis las Escrituras, porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:39-40).

“Vosotros, que sois duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, resistís siempre al Espíritu Santo; como hicieron vuestros padres, así también hacéis vosotros” (Hechos 7:51).

“Pero en cuanto a Israel, dice: Todo el día he extendido mis manos a un pueblo desobediente y

rebelde” (Romanos 10:21).

**Un caso específico.** La gracia de Dios ha sido una realidad manifiesta desde el primer momento de su revelación a su creación, porque es un aspecto evidente y permanente de su carácter: Él es el Dios de toda gracia (1 P. 5:10). Sin embargo, en y por medio de la encarnación del Señor Jesucristo, la gracia del Padre se hizo evidente de forma aun más contundente que bajo el Antiguo Pacto. “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como el unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad fueron hechas realidad por medio de Jesucristo” (Juan 1:14, 17). Por ello, el apóstol Pablo pudo afirmar: “la gracia de Dios se ha manifestado, trayendo salvación a todos los hombres” (Tito 2:11). Esta gracia redentora se puso de manifiesto en la vida de Cristo, a través de sus enseñanzas y sus obras de poder. Ante las evidencias de las señales que realizó, algunas personas reaccionaron con asombro, pero otros quisieron descartar las implicaciones de aquellas señales afirmando que “El echa fuera los demonios por Beelzebú, príncipe de los demonios” (Lc. 11:14-15). Fue un intento deliberado, pero totalmente ilógico, de eludir tener que reconocer la manifestación de la gracia de Dios en Cristo. Jesús mismo señaló la insensatez del argumento (vv. 17-20). Los impenitentes se empeñaron en resistir la gracia de Dios.

## 6. Elección y predestinación en Romanos 8-11.

### Un texto para leer en su contexto.

- Estos capítulos hablan de temas como la elección, la presciencia, la predestinación, la soberanía de Dios y la responsabilidad humana.
- *El contexto* es el desarrollo del argumento del apóstol Pablo y su defensa del principio de la justificación por la fe en Cristo crucificado, y no por las obras de la ley.
  - Encontramos en Romanos 6:1 una primera objeción a esta enseñanza del apóstol: su doctrina de la gracia de Dios abre la puerta a continuar en el pecado; la respuesta de Pablo se basa en su enseñanza sobre la santificación del creyente y su glorificación (Ro. 6:2-8:39).
  - Una segunda objeción tiene que ver con la nación de Israel: según la enseñanza del apóstol, Israel, la nación escogida por Dios como su especial tesoro entre todas las naciones, queda marginada en un evangelio que extiende la salvación a todos los pueblos. ¿Qué pasa con Israel?
- *Los capítulos 9-11* contestan esta objeción y explican los planes de Dios para Israel, su elección para la misión de ser luz a las naciones, su fracaso, su exclusión y su restauración futura.
- Estos capítulos **no** están enfocados en una elección individual para salvación, sino en la elección corporativa de Israel para servir a Dios y realizar una misión de testimonio, y hablan de los propósitos de Dios para Israel tanto en el presente como en el futuro. Desde esta perspectiva, es esencial interpretar la enseñanza del apóstol en su contexto, y no fuera de él.
- El capítulo 9 comienza con la profunda tristeza del apóstol ante la incredulidad de sus “hermanos” judíos (en un sentido étnico, no espiritual); quiere explicar cómo ha ocurrido, y cuáles son las consecuencias.
- Antes (8:29), Pablo ha hablado de los privilegios gloriosos de los creyentes en Cristo: Dios

ha fijado su destino de antemano, para que sean transformados en la semejanza de Cristo (no para crear para salvación). Ante estas realidades maravillosas, ¿por qué no ha creído Israel?

- Pablo explica por qué Israel como nación ha dado la espalda a su Mesías: no todos los judíos étnicos son parte del verdadero pueblo espiritual de Dios (9:6-8); el rechazo de Jesús no significa que la Palabra de Dios haya fallado.
- *Los casos de Abraham y de Isaac (7-13)* demuestran que la elección entre dos hijos (Isaac/Ismael y Jacob/Esau) tiene que ver con el papel de cada uno en la historia y con la misión que les fue encomendado por Dios, no con su salvación personal; tanto Ismael como Esau también reciben una bendición (Génesis 16:10; 27:38-40), pero Dios tiene una misión específica para Isaac y Jacob. La elección de Israel como nación, un acto soberano de Dios, no ha sido para salvación sino para misión; no hay referencia alguna a una predestinación doble a la salvación o a la condenación. El tema no es la salvación, sino el servicio.
- *La justicia de Dios (14-16)*: la cita del AT que utiliza Pablo viene en el contexto de la rebeldía de Israel en el incidente del becerro de oro: Dios amenaza con destruir al pueblo, Moisés intercede y Dios muestra su compasión. Es una demostración de misericordia por completo inmerecida, aunque en el contexto de la muerte de los impenitentes a mano de los hijos de Leví, celosos por el Señor. La intercesión de Moisés y el arrepentimiento del pueblo son factores en la demostración de la misericordia de Dios. Más tarde, prácticamente toda aquella generación murió en el desierto por causa de su incredulidad (Hebreos 3:16-4:2).
- *Israel y Egipto*. ¿La historia del Éxodo demuestra que Dios determinó que, aunque ambas naciones se rebelaron contra Él, Israel sería objeto de su misericordia y perdón, y Egipto objeto de su condenación y destrucción? ¿La voluntad de Dios es tanto incondicional como irresistible? Pablo afirma que no hay injusticia en Dios (v. 14). ¿Cómo se combinaría su justicia con su voluntad irresistible (v. 19)? El problema moral es que, si la voluntad de Dios es irresistible, cada uno hace lo que ha sido programado a hacer, y no hay base para la condenación. ¿Cómo puede Dios juzgarme por hacer algo que Él determinó que hiciera? La respuesta parece ser que la voluntad de Dios no es irresistible (Mateo 23:37; Hechos 7:51-54).
- *El corazón endurecido de Faraón (17-19)*. Dios sabe de antemano lo que va a ocurrir en la historia de la humanidad, pero esto no implica que Él es la causa de todo lo que ocurre. En los capítulos 7-14 de Éxodo, se nos dice que Faraón endureció repetidas veces su corazón, y también que Dios endureció el corazón de Faraón, un hecho que señala tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad del hombre ante Él. Es Faraón que inicialmente endurece su corazón ante la palabra de Dios de manera repetida. Llega un momento cuando Dios le dice que su paciencia se va agotando. Ha podido destruir a Faraón antes; su rebeldía empedernida la ha hecho merecedor de un juicio definitivo. Pero no ha tomado este paso justificado por cuanto tiene el propósito de manifestar su poder de manera aún más contundente, para testimonio a las demás naciones (9:15-16). Al rechazar la voluntad expresa de Dios, Faraón se ha preparado a sí mismo para destrucción (9:22). Ha llegado a un punto donde no hay vuelta atrás. Los dos factores de la paciencia de Dios para posibilitar el arrepentimiento, y de su justicia que exige finalmente el castigo del rebelde, se expresan de forma muy clara en 2 Pedro 3:9-10. Faraón tuvo la oportunidad de responder a la oferta de gracias contenida en la palabra de Dios, pero no la aprovechó, y al final Dios actúa en juicio. Ni la misericordia de Dios ni su acción en endurecer a Faraón son actos arbitrarios, sino una revelación tanto de su compasión como de su justicia.



- *El alfarero y el barro (20-21)*. A la luz de esta armonía perfecta en el carácter de Dios, ¿quiénes somos nosotros para discutir con Él acerca de su forma de proceder (v. 20)? Pablo ilustra su argumento con la analogía del alfarero y su labor. En Isaías 29:13-16, la misma imagen se usa para señalar que Dios discierne la hipocresía religiosa y juzgará a aquellos que la practican según su actitud hacia Él. En Jeremías 18:1-11, de nuevo se habla del alfarero y el barro, para señalar que el juicio de Dios y su perdón están condicionados por la disposición del barro (la nación de Israel) de arrepentirse de su pecado. Tanto Israel (en algunos momentos) como Nínive (Jonás 3) se arrepintieron de sus pecados y fueron perdonados; tanto Israel (en otros momentos) como Faraón no se arrepintieron, y cayeron bajo el juicio de Dios. La acción del alfarero no es arbitraria ni caprichosa, sino una respuesta a la decisión tomada por el barro.
- *Vasos de ira y vasos de misericordia (22-24)*. En el contexto, la frase “los vasos de ira preparados para destrucción” se refiere a Faraón y la nación de Egipto; la frase “los vasos de misericordia” preparados para gloria se refiere a Moisés y el pueblo de Israel. Dios quiso utilizar los unos y los otros para revelar su carácter justo y compasivo. Pero su decisión de emplear a unos para hacer notorio su ira y poder, y otros para revelar su compasión y gloria se hizo en base a la reacción de ellos ante su palabra. ¿Un vaso de ira puede llegar a ser un vaso de misericordia? Evidentemente sí: Rahab formaba parte de un pueblo que estaba bajo la ira y el juicio de Dios, pero por su fe llegó a ser un vaso de misericordia. Acán, por contraste, formaba parte de pueblo de Dios, pero por su rebeldía llegó a ser un vaso de ira. Incluso es acertado decir que, por nuestra condición de pecadores, todos somos “hijos de ira” (Efesios 2:3), pero por la gracia de Dios, y por medio de la fe en Cristo los creyentes hemos llegado a ser vasos de misericordia, muestras de “las sobreabundantes riquezas de su gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7). Como soberano, justo y compasivo, Dios usa a unos y otros para revelar su soberanía, su justicia y su misericordia al mundo, pero nunca de forma arbitraria, sino en base a nuestra respuesta a su oferta de gracia y perdón, como indica Romanos 2:3-5: “¿Y piensas esto, oh hombre, tú que condenas a los que practican tales cosas y haces lo mismo, que escaparás del juicio de Dios? ¿O tienes en poco las riquezas de su bondad, tolerancia y paciencia, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento? Mas a causa de tu terquedad y de tu corazón no arrepentido, estás acumulando ira para ti en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios”.
- *Judíos y gentiles (25-29)*. Los vasos de misericordia proceden no sólo del pueblo judío, sino también de las naciones gentiles, afirma el apóstol (24), citando a Oseas en apoyo de su argumento (25-26). La incredulidad de Israel ha conducido a la predicación del evangelio a los gentiles. La elección de Isaac y Jacob antes de Ismael y Esaú para la misión de ser el vehículo de bendición a todas las familias de la tierra no impide que los descendientes de éstos lleguen a formar parte del verdadero pueblo de Dios. Pero la incredulidad de la nación de Israel tampoco implica que Dios ha dado la espalda definitivamente a Israel. Siempre habrá un remanente fiel (27-29).
- *La culpabilidad de Israel (9:30-10:21)*. En esta sección de su carta, Pablo presenta una serie de argumentos contundentes para enfatizar que la marginación (el “tropiezo”) de Israel no es por otra razón sino su actitud incrédula hacia su Mesías. El apóstol enfatiza la realidad de la responsabilidad humana ante la oferta de la gracia divina.
  - Israel buscaba la justificación ante Dios, no por medio de la fe, sino en base a sus propias obras y méritos, lo que los llevó al tropiezo (9:30-33). Su desconocimiento de las enseñanzas de la Palabra de Dios los impulsó a intentar establecer su propia justicia y rechazar el camino de la justificación señalado por Dios, el mismo Señor Jesucristo (10:1-4).

- Este desconocimiento del camino de la salvación en Cristo no fue porque el anuncio de esta salvación fue un mensaje lejano, escondido, difícil de captar; más bien fue cercano y claro; pudieron leerlo en las Escrituras y escucharlo en la predicación del evangelio. La posibilidad de responder con fe está abierta a todos (10:5-11).
  - La oferta de la salvación es universal, para todos, pero cada uno tiene la libertad de responder positivamente o no al evangelio: “todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo”, pero “no todos hicieron caso del evangelio” (10:12-16).
  - Así que es cierto que “la fe viene al oír, y el oír, por la palabra de Cristo” (10:17), pero ninguno puede alegar que no ha tenido la oportunidad de oír, arrepentirse y creer para salvación, sobre todo cuando el mensaje resuena entre todas las naciones (18-20).
  - La triste realidad es que, por mucho que Dios extendiera constantemente sus manos de gracia hacia Israel, la nación le dio la espalda en desobediencia y rebeldía (21).
  - Toda esta argumentación indica que Israel fue responsable por su rechazo del Mesías, sin que hubiera una elección incondicional de Dios para salvación o para reprobación. Los judíos fueron responsables por resistir deliberadamente la gracia de Dios.
- *El futuro de Israel* (11:1-36). Este capítulo contiene la respuesta a la inquietud mencionada por primera vez al principio del capítulo 9. ¿Ha desechado Dios a Israel definitivamente? ¿Hay un futuro para el pueblo de Israel? La respuesta de Pablo en este capítulo es afirmativa.
    - La historia demuestra que siempre quedaba, y quedará, un remanente fiel en el pueblo de Dios (10:21-11:6). Dios extendió sus manos en gracia a Israel, y aunque la nación en general rechazó su invitación, había, y hay, un remanente escogido por gracia que respondió.
    - Por contraste, la mayoría de la nación llegó a compartir la experiencia de Faraón: empeñados en no hacer caso de las evidencias que Dios aportaba de su gracia y bondad, terminaron con corazones endurecidos y ojos cegados (11:7-10), la consecuencia de su incredulidad (11:20).
    - Sin embargo, las bendiciones que disfrutan ahora los gentiles que han creído en Cristo no deben producir en ellos un espíritu de superioridad y arrogancia, primero porque el fracaso de Israel supone una riqueza de bendición para el mundo; segundo, porque Israel proveyó la raíz de la que se nutren las ramas gentiles; y tercero, porque Dios es severo con los que caen en la incredulidad (tanto judíos como gentiles), pero bondadoso hacia los que no permanecen en su incredulidad, sino que ponen su fe en Cristo (11:11-24). Las ramas desgajadas pueden volver a injertarse.
    - Por todo ello, Dios todavía tiene propósitos de gran bendición para Israel (11:25-32), y a la luz de esta realidad, no cabe otra reacción que asombro, alabanza y adoración al Dios de toda gracia y misericordia (11:33-36). ¡A Él sea toda la gloria!

## 7. La perseverancia de los santos.

**Definición del concepto.** “La perseverancia de los santos quiere decir que todos los que verdaderamente ha nacido de nuevo serán guardados por el poder de Dios y perseverarán como creyentes hasta el fin de sus vidas, y que sólo los que perseveran hasta el fin han nacido verdaderamente de nuevo” (Grudem, p. 828).

**Dos preguntas.** ¿Pueden los verdaderos creyentes perder la salvación? ¿Cómo podemos saber si en realidad hemos nacido de nuevo? En un mundo posmoderno el relativismo predominante afirma que en el campo de las convicciones nada es seguro. Según Benjamín Franklin, el filósofo y diplomático norteamericano, las únicas cosas seguras son la muerte y los impuestos. En la vida diaria, realizamos muchas acciones que no son plenamente seguras, pero cuyos factores de riesgo asumimos porque son mínimos. En el tema de la seguridad de la salvación, ¿dónde encontramos las bases para afirmar que un verdadero creyente en Cristo jamás pierde la salvación? Podría parecer que la doctrina reformada de la elección incondicional provee una respuesta a esta pregunta. Si Dios elige a ciertas personas para salvación sin otro criterio que su soberana voluntad, escogiendo a algunos y abandonando a otros, los escogidos pueden descansar en este acto soberano de Dios para tener la seguridad de que nunca esta salvación les será arrebatada. Pero surge otra pregunta: ¿cómo puedo saber que yo soy uno de los elegidos? Desde esta perspectiva, el que yo tenga la salvación no involucra ningún acto personal mío para recibirla. ¿Soy uno de los santos de Dios?

**La voluntad de Dios.** Lo cierto es que Dios quiere que sus hijos tengan una plena confianza en su poder para salvar, y por lo tanto una plena seguridad de su salvación eterna. El apóstol Juan señala que el testimonio de la Palabra de Dios se puede resumir en tres declaraciones (1 Juan 5:11-12):

- 1) Dios nos ha dado vida eterna (en el contexto Juan se dirige a personas que han puesto su fe en Cristo como Salvador y aportan las evidencias de ser creyentes genuinos).
- 2) Esta vida eterna se encuentra exclusivamente en su Hijo Jesucristo.
- 3) El que tiene al Hijo (que cree en su nombre) tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios (que ha reaccionado con incredulidad ante Cristo) no tiene la vida.

A continuación, el apóstol afirma: “Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios para que sepáis que tenéis vida eterna” (1 Juan 5:13). Todo el contenido de la carta tiene el propósito de confirmar a los verdaderos creyentes en su salvación.

**Una convicción inamovible.** A nivel personal, ¿cómo podemos tener la plena seguridad de estar dentro del colectivo de creyentes verdaderos que perseverarán hasta el fin (Marcos 13:13)?

- 1) Asegurando que de verdad tenemos al Hijo porque hemos puesto nuestra fe y confianza en Él. ¿Quién es la persona que tiene la vida eterna? El que oye la palabra de Cristo, el evangelio, y pone su fe en Dios (Juan 5:24). La solidez de esta promesa de Cristo se enfatiza mediante la frase “En verdad, en verdad os digo...” Dios no miente (Tito 1:2), y las palabras de su promesa eterna son totalmente fidedignas, como reconoció Abraham (Romanos 4:20-25).
- 2) Examinando los resultados prácticos de nuestra fe y las evidencias de la realidad de la salvación en nuestras vidas. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17), y esta transformación tiene que verse en la vida del que profesa haber crecido en Cristo. Para distinguir un creyente verdadero de uno que es falso, Juan aporta cuatro criterios prácticos en su primera carta: andar en luz (1 Juan 1:5-2:2); guardar los mandamientos de Dios (2:3-6); amar a los hermanos (2:7-11) y separarse del mundo (2:15-17), insistiendo en estos rasgos del comportamiento cristiano en el resto de su carta (véase también Mateo 7:20, 2 Timoteo 2:19 y Santiago 2:13-26). El creyente verdadero aporta evidencias claras en su conducta que avalan la realidad de que ha nacido de nuevo.
- 3) Reconociendo el testimonio interno del Espíritu Santo (Romanos 8:15-16).

**Casos cuestionables.** Sin embargo, hay personas que profesan haber creído en Cristo, siguen integrados en una iglesia local durante un tiempo, y en algún momento se apartan y se alejan de la comunidad de los creyentes. ¿Es posible dejar de creer? ¿Esto significa que han perdido la salvación que en algún momento poseían? La Biblia afirma que Dios preserva al creyente genuino e impide que se pierda (Juan 10:27-29). A la vez indica que la fe de la persona que hace una profesión de haber creído en Cristo y luego se aparta del evangelio nunca experimentó el nuevo nacimiento (Mateo 7:21-23; Juan 2:23-25; 8:31-59; Hebreos 6:4-8; 1 Juan 2:18-19). En la parábola del sembrador, Jesús habló de cuatro tipos de terreno, de los que dos aparentemente dieron señales iniciales de vida, pero cuyas raíces y frutos eran inexistentes. Sólo la semilla que cayó en una tierra en que pudo germinar, arraigarse y crecer produjo evidencia de una vida auténtica (Lucas 8:4-18).

**Un resumen.** Las Escrituras enseñan que un verdadero creyente en Cristo, cuya vida ofrece evidencias claras de la regeneración por medio de una transformación progresiva de su conducta (Fil 1:6), disfruta de una salvación que es eterna y permanente, y que esta persona, por la gracia de Dios, perseverará en su fe hasta llegar a la presencia celestial del Padre (Romanos 5:1-5; 8:31-39; 1 Pedro 1:3-9).

“Y el Dios de toda gracia, que os llamó a su gloria eterna en Cristo, Él mismo os perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá. A Él sea el dominio por los siglos de los siglos. Amén” (1 Pedro 5:10-11).

Timoteo Glasscock.

### **Bibliografía breve.**

Aparisi Camarena, Federico: “Elección Divina y Respuesta Humana”, Editorial Remar.  
Barnett, Paul: “The Message of 2 Corinthians”, IVP.  
Grudem, Wayne: “Teología Sistemática”, Ed. Vida.  
Lennox, John: “¿Predeterminados a Creer?”, Andamio.  
Trenchard, Ernesto, y Martínez, José María: “Escogidos en Cristo”, CEFB.